



Unos indios

EMANCIPÁNDONOS DE LA MODERNIDAD ANOTACIONES SOBRE LA INVENCIÓN DEL TERCER MUNDO: CONSTRUCCIÓN Y DECONSTRUCCIÓN DEL DESARROLLO DE ARTURO ESCOBAR

Wilman Robles González¹

“Modernidad” es un término común —como la mayoría de los términos de los que se vale la antropología— problematizado en la reflexión antropológica (dado que acompaña a la mayoría de conceptos empleados en los discursos antropológicos), no solo en virtud de la complejidad del fenómeno que delimitan las once letras, sino, en general, en la extensión semántica del término y su correspondiente aplicación. En este sentido, resulta interesante la reflexión que han hecho autores como Arturo Escobar en el panorama social latinoamericano y en regiones similares, en los que el término adquirió un carácter deontológico después de la Segunda Guerra Mundial. Lo que en *Occidente* se desarrollaba como una etapa histórica que suponía la transición de unas condiciones materiales e ideológicas de vida a una forma emergente, se tradujo en un discurso que ordenó la mayoría de regiones no-occidentales de acuerdo a la lógica occidental “modernizada”. La premisa y el propósito apoteósico de *Occidente* consistían en modernizar las regiones no occidentales, es decir, en hacer entrar en la lógica de la modernidad norte-europea a las regiones no-occidentales. Sin embargo, esto no significó emular las condiciones materiales de vida europea y del norte en estas regiones; por el contrario, su papel en la lógica de la modernidad no iba más allá de garantizar el sostenimiento de los estándares de vida occidentales. Por ello, las regiones no-occidentales, si bien fueron alcanzadas por la “modernidad”, aún no se han acercado al dorado que ofrece el discurso occidental. Dicho discurso aparece con el nombre de “desarrollo” —eufemismo acertado—.

En consecuencia, la mayoría de políticas nacionales empleadas en Latinoamérica y en otras regiones del mundo que comparten ciertas dinámicas que las diferencian de otro grupo de regiones (las no-occidentales), en los últimos tiempos han tomado como eje de planeación ese discurso político que tomó fuerza a partir de algunos acontecimientos coyunturales de la humanidad

¹ Filósofo de la Universidad Nacional de Colombia y estudiante de sexto semestre de Antropología de la Universidad de Antioquia. Actualmente investigador para la Organización de los Pueblos Indígenas de la Amazonía Colombiana (OPIAC); con experiencia en esta misma organización en el procedimiento de Consulta Previa del Sistema Integral de Verdad Justicia Reparación y No Repetición. Trabaja Antropología del Desarrollo y le interesa la investigación de los Pueblos Indígenas de la cuenca amazónica. Correo de contacto: wilman.robles@udea.edu.co

acaecidos a mediados del siglo XX. Dicho eje no es otro que el discurso del desarrollo materializado en distintas políticas gubernamentales que terminaron configurando gran parte la realidad mundial —se trata de una cuestión que dictamina realidades en todos los sectores posibles—. El tema, tal como es planteado, constituye la preocupación fundamental del análisis que lleva a cabo Arturo Escobar en su libro *La invención del Tercer Mundo: construcción y deconstrucción del desarrollo* (1998). A continuación, ofrezco una síntesis de la exposición de Escobar partiendo de la génesis que reproduce el autor hasta llegar al punto de quiebre en el que el proyecto desarrollista, como hasta ahora ha sido planteado, se demuestra insostenible y, a todas luces, perjudicial para las poblaciones que lo soportan; hecho que nos conduce a cuestionar a la modernidad como un proyecto deontológico y al cuerpo de ideas que lo soporta.

Antecedentes

En la introducción, Escobar nos presenta un esbozo de los temas puntuales que abordará en el cuerpo del texto haciendo énfasis en el marco teórico en el que se apoya su análisis y recalando la importancia de lecturas como la del *Orientalismo* (1978) de Edward Said o la *Invenición de África* (1988) de Mudimbe, que permiten contextualizar y aterrizar los planteamientos que expone en su ejercicio. No obstante, pese

a que este capítulo da cuenta de un panorama general de la obra, es posible articular ciertos elementos allí planteados con el segundo capítulo, en el cual se explora el contexto mundial que dio origen al discurso del desarrollo, posteriormente materializado en todo un régimen de representación².

Así las cosas, tenemos de fondo un acontecimiento que marcó significativamente las dos décadas posteriores a su culminación. Nadie discute la trascendencia que tuvo la Segunda Guerra Mundial en las dinámicas globales, manifestándose principalmente (entre 1954 y 1955) en la consolidación de Estados Unidos como la principal potencia mundial. A partir de allí, el gobierno de Estados Unidos empieza a problematizar la situación de otras poblaciones que no compartían su modelo social, al detectar dificultades que requerían una intervención inmediata, con el fin de “mejorar” la situación de dichas naciones, creando “las condiciones necesarias para reproducir en todo el mundo los rasgos característicos de las sociedades avanzadas de la época” (Escobar, 1998, p. 19). La baja productividad, desempleo, violencia, la pobreza y la desnutrición aparentemente, acapararon la atención del gobierno del presidente

² Es importante resaltar que ya en el prefacio del texto Escobar manifiesta claramente que el enfoque desde el cual apoya su argumentación es posestructuralista, en tanto reconoce “las dinámicas del discurso y poder en la creación de la realidad social y en todo estudio de la cultura” (1998, p. 15).

Truman asumiendo el problema a partir de tres categorías fundamentales: el capital, la ciencia y la tecnología (Escobar, 1998).

Entre todos estos, la pobreza representa el principal factor detonante de los demás factores asociados. De ahí que Escobar dedique un capítulo completo a examinar la forma como el discurso del presidente Truman adquirió relevancia en tanto fundamentó una política en torno a la problematización de la pobreza, con la connotación emergente en la posguerra, cuyo principal foco de comparación eran las sociedades avanzadas. El discurso del desarrollo surgió, entonces, como la estrategia de las naciones avanzadas (según sus propios términos y estándares) para hacerle frente a las problemáticas de las regiones del mundo más atrasadas, respecto de sí mismas —enmarcadas en una categoría también creada en el discurso: el subdesarrollo—. Aquí es donde el enfoque posestructuralista le permite a Escobar afirmar que el discurso del desarrollo va más allá de una simple formulación retórica, convirtiéndose en toda una construcción histórico-cultural que representa una total reconfiguración de la realidad y de los sujetos que habitan el globo. Como veremos más adelante, esta apreciación aplica integralmente al proyecto de la modernidad.

A partir de este momento, se crean categorías como el Primer y Tercer

Mundo que constituyen una forma de ser, acompañada de una forma o un campo de intervención geopolítica mediante el ejercicio del poder. El Tercer Mundo, cuya principal característica era su condición de pobreza, llevó a las naciones avanzadas a formular “soluciones” para remediar la situación que ellas mismas crearon y agudizaron en el discurso y que proyectaron como formas tangibles. Lo más importante del discurso era transformar las condiciones desfavorables del Tercer Mundo, propiciando un tránsito del subdesarrollo al desarrollo a través de políticas e instituciones con un carácter intervencionista. Entre los rasgos más importantes del discurso surgió una figura que fundamentó la mayoría de acciones y estrategias llevadas a cabo en el Tercer Mundo: el crecimiento económico.

La economía del desarrollo

Como era de esperarse, las estrategias económicas para afrontar los problemas del Tercer Mundo (tema principal del capítulo 3), no surgieron en ese espacio geográfico. Por el contrario, se formularon en los linderos de las naciones avanzadas desconociendo la voz de quienes padecían los “problemas”. En palabras de Escobar, “en la economía existe, por tanto, un etnocentrismo que es preciso develar, es decir, un efecto hegemónico logrado mediante representaciones que rinden culto a una visión de la economía al tiempo

que suprimen otras” (1998, p. 126). Dichas estrategias se convirtieron en un discurso económico que se articulaba con el discurso del desarrollo y reforzaba categorías como “Tercer Mundo” o “pueblos subdesarrollados”, en contraste con las naciones del Primer Mundo y la sociedad desarrollada y moderna. De ahí la importancia de la economía como factor crítico y estrategia para la instauración definitiva de la imagen de mundo producida en Occidente.

La principal consecuencia de estas dinámicas se manifiesta en la forma como desaparecen de la escena las formas locales en todos los sentidos: se pierden de vista las economías locales, se anula el conocimiento local e incluso se inicia un nuevo proceso de sacrificio cultural, en el que los rasgos característicos de las poblaciones del Tercer Mundo pretenden desdibujarse cediendo ante la fuerza arrasadora del desarrollo y la modernidad, cediendo toda la autonomía a la voluntad del Primer Mundo. Se asume el papel y se reproduce el libreto como si se tratara de un hecho verdadero. He aquí otro factor importante del discurso económico del desarrollo: institucionaliza verdades en virtud del poder del que él mismo se recubre. Esto último responde a la articulación entre poder y conocimiento, donde Escobar retoma las enseñanzas de Foucault: quienes detentan el dominio del poder se encuentran facultados para dictaminar el régimen de

representación con el fin de lograr el dominio de la realidad, marginando el conocimiento de los directamente implicados (1998).

De las propuestas que se tomaron como verdades irrefutables, aparece el crecimiento económico como un factor crítico para afrontar las problemáticas del Tercer Mundo, mediante una triada de elementos que, se supone, llevarían a las naciones subdesarrolladas a alcanzar la meta del desarrollo y su correspondiente modernización. Dichos elementos no son otros que la acumulación de capital, la industrialización y la inversión extranjera —pertinente para los países que originan el discurso—. Más adelante, Escobar mostrará el fracaso de esta política económica en razón del desconocimiento de las verdaderas dinámicas de las naciones “atrasadas” (es decir, en proceso de modernización) que imposibilitarían traslapar un modelo aparentemente eficiente a otras circunstancias.

Poder y régimen de representación: alimentación, campesinos, mujeres y medio ambiente

Ahora bien, uno de los rasgos más importantes y en el que se perciben más claramente las consecuencias de la pobreza que, además, se supone debe estipularse como uno de los objetivos privilegiados en las políticas de desarrollo, es la lucha contra la hambruna y la desnutrición de

las poblaciones “subdesarrolladas”. Arturo Escobar dedicará un capítulo completo (capítulo 4), al examen de la implementación, ejecución y resultados de estas políticas en casos específicos como Latinoamérica y, en concreto, Colombia.

Este capítulo, junto con el siguiente, ponen en evidencia la forma como funciona el discurso del desarrollo como régimen de representación, en tanto el trasfondo de todas estas políticas supone formas hegemónicas de comprender y percibir la realidad de las poblaciones distintas a las sociedades autodenominadas como avanzadas. Establecen categorías taxonómicas y, a partir de allí, producen estrategias intervencionistas para una realidad que ellos mismos caracterizan. En palabras de Escobar, “las categorías son inventadas y mantenidas por las instituciones sobre una base continua, como parte de un proceso en apariencia racional que es fundamentalmente político” (1998, p. 213). La apariencia racional del discurso radica en la producción hegemónica del conocimiento que posesiona la producción académica de las naciones avanzadas como fundamento último de verdad.

Desde esta perspectiva surgieron políticas intervencionistas para afrontar el problema de la desnutrición, que a través de estrategias concretas buscan transformar las dinámicas alimentarias de estas poblaciones. Las FNPP (Food and Nu-

trition Policy and Planning), el DRI (Desarrollo Rural Integrado) y el PAN (Plan Colombiano de Alimentación y Nutrición), por ejemplo, pronto mostraron sus falencias al poner en diálogo el discurso hegemónico con la dinámicas locales que, finalmente, devendrían en un estado de crisis más agudizado³. Escobar atribuye el fracaso principalmente a intereses encubiertos que pretendían articular las regiones en la economía del mercado, lo que constituye una clara muestra de ejercicio de poder, imponiendo la voluntad del desarrollo y la lógica de la modernidad sobre las voluntades locales.

De la mano con lo anterior, el discurso hegemónico significó la implementación de tres categorías, sujetos o entidades en el ámbito local con unas características determinadas en el mismo discurso y en el mismo centro de producción de conocimiento. Tales sujetos y categorías materializaban en concreto la experiencia de la pobreza, la desnutrición y el rezago en la lógica de la modernización. Así, el campesino, la mujer y el ambiente fueron tres entidades que se transformaron a partir de tres líneas fundamentales del desarrollo: desarrollo rural integrado (campesinos); desarrollo sostenible (ambiente) y la mujer en el desarrollo (Escobar, 1998). Esta construcción de entidades, anticipada en el

³ Para ilustrar la situación Escobar emplea el caso de la reforma agraria en el territorio colombiano (1998, pp. 270-275)

texto desde su introducción, pone en evidencia lo que Escobar denomina la “jugada del desarrollo”, “que implica construcciones específicas del sujeto colonial/tercermundista en/a través del discurso de maneras que permitan el ejercicio del poder sobre él” (1998, p.29).

Esto supone la integración de una deontología que en los tres casos atribuye intereses y formas de proceder de acuerdo con el discurso. Para el caso del campesino, se supone la necesidad de acceder al capital y a tecnologías de producción conforme a los términos de la economía occidental mediante la supuesta colaboración de entidades como el Banco Mundial. El ambiente se convierte en una categoría comercial, un recurso humano en función y a disposición de la producción global (se convierte en recurso). Finalmente, la mujer aparece como una estrategia del discurso para sustentar la viabilidad de la política caracterizada por una pasividad y un manojito de atributos peyorativos que contrastan con la figura de la mujer occidental.

Como se ha manifestado reiteradamente, estas entidades producidas a partir del discurso no guardaban relación con la experiencia verdadera de estas regiones. La deconstrucción del discurso inicia con la oposición local a estas formas globales de comprender y de representar la realidad de los sujetos que habitan tales latitudes. De esta manera, la lucha

campesina, la ecología política y la comprensión de la naturaleza —en razón de las prácticas culturales—, los movimientos feministas e indigenistas, entre otros, resultan ser ese tipo de manifestaciones que oponen resistencia a la realidad impuesta por el discurso, es decir, aparece lo que podría denominarse un “contradiscurso”. Esto admitirá, en palabras recientes de Escobar, “examinar la medida en la que nuestros marcos de referencia nos permiten o no visualizar maneras presentes o potenciales de reconcebir y reconstruir el mundo” (Escobar, 2005, p.117).

Más allá del discurso del desarrollo

El punto al que se dirige la exposición y en el que desemboca la crítica de Escobar al discurso del desarrollo plantea como alternativa una serie de estrategias producidas localmente, en un diálogo cultural que no se reducen a las construcciones modernas y que devienen en la de-colonización de la realidad producida y establecida desde los centros hegemónicos. En este sentido, el trabajo antropológico se devela significativo, en tanto constituye la principal estrategia para visibilizar y validar esas formas locales de ordenar la realidad. En otras palabras, el ejercicio de Escobar muestra que:

Frente a una mirada hegemónica con estándares atemporales y descontextualizados, aparece una postura que pretende comprender las

prácticas políticas desde contra-narrativas y contra-poderes. Exigiendo la cualificación de etnografías situadas como herramienta clave para un nuevo tipo de visibilidad y audibilidad de las formas de la diferencia. (Botero, 2010, p. 163)

En consecuencia, como alternativa al discurso hegemónico, Escobar plantea la necesidad de considerar el concepto de *hibridación cultural* para generar estrategias consolidadas en el diálogo de representaciones locales, saliendo del círculo hegemónico. Así, aparecerá en el horizonte del lenguaje del conocimiento los puntos de vista de distintos actores, dando paso a una autonomía representativa (Escobar, 1998). Finalmente, esta nueva visión postdesarrollista y emancipada de la lógica de la modernidad, que supone la generación de alternativas en un marco local de representación, debe ser reconocida y garantizada por los Estados que albergan en su territorio a culturas disímiles. Por ello, en producciones más recientes, refiriéndose a modelos económicos y productivos regionales, el autor afirma que:

Lo que es más importante de estos modelos desde el punto de vista del lugar, es que se podría afirmar que constituyen un conjunto de significados-uso que, aunque existen en contextos de poder que incluyen más y más las fuerzas transnacionales, no puede ser reducido a las construcciones modernas. (Escobar, 2005, p. 124)

Emancipándonos de la modernidad

El discurso del desarrollo y en general el proyecto de la modernidad llegó a las regiones *no-occidentales* como un cuerpo de ideas de carácter dogmático, que no dejaban lugar a ningún tipo de cuestionamiento. Por ello, teniendo en cuenta que no se trata de nociones aisladas, sino de todo un cuerpo de ideas, para lograr dotar de validez los discursos, los modelos y las formas que emergen ahora políticamente, pero que siempre han existido en los contextos locales, es necesario emanciparse, no sólo del desarrollo, sino de todo el cuerpo de ideas que se articulan con él y que constituyen el fundamento del discurso deontológico occidental. Reflexiones como la de Arturo Escobar (1998), constituyen el primer paso del ejercicio emancipatorio, en tanto cuestiona la validez de los discursos hegemónicos⁴. Sin embargo, una emancipación auténtica supone desvirtuar la validez universal, no solo de discursos como el del desarrollo, sino de todo el cuerpo de ideas que legitima una lógica encaminada a “modernizar” y dominar regiones en las que la modernidad no tiene un valor pragmático en los términos que *Occidente* lo plantea si se consideran las condiciones materiales reales de los territorios.

⁴ Se trata de emanciparse, pues de lo contrario continúan existiendo dinámicas de dominio y se mantiene la imposición de lógicas y principios ajenos a la realidad de los contextos específicos.

En este sentido, se trata, como lo plantea Leo Huberman (2001), de subvertir el orden hegemónico, reconociendo que el ejercicio del poder, materializado en el control de los bienes materiales de los hombres a través de sistemas económicos predominantes, responde a un conjunto de ideas transformadas en discursos que legitima la posición de quienes dominan sobre los dominados. Entre ellas, la idea de desarrollo articulada con otra serie de nociones e ideales, como el progreso, la modernización, el crecimiento económico, la tecnificación, la productividad, el avance, entre otras a las que se oponen nociones como la conservación que, vistas desde la lógica dominante, adquieren un carácter peyorativo e irracional.

De acuerdo con ello, emanciparse de Occidente, supone emanciparse, entonces, de todo ese cuerpo de ideas y sus significados acostumbrado, mientras se legitiman otros cuerpos que emergen en los contextos espe-

cíficos regionales. Estos cuerpos de ideas deben tener un carácter principal y no subsidiario. Por ejemplo, no se trata de añadir adjetivos a las ideas occidentales, como hasta ahora se ha hecho con el desarrollo, convirtiéndolo en desarrollo sostenible, o en etnodesarrollo, que no introducen cambios tangibles en las dinámicas locales. Al contrario, nociones como la conservación, deben adquirir el mismo valor y validez que han tenido ideales como el progreso, el desarrollo y la modernidad, sin ser consideradas adjetivos de las ideas predominantes. Esto significa una auténtica emancipación del orden impuesto por *Occidente*.

Tal emancipación, en estos términos, no significa, en ningún caso, terminar con las relaciones políticas y sociales entre las distintas regiones, al contrario, se trata de transformar las lógicas de poder que median tales relaciones para generar escenarios de coordinación y articulación menos polarizados y más justos.

Referencias

Botero, P. (2010). Arturo Escobar y sus fuentes críticas en la construcción de pensamiento latinoamericano. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*. 8(1), 151-173.

Escobar, A. (1988). *La invención del Tercer Mundo: construcción y deconstrucción del desarrollo*. Traducción de Ochos, D. Bogotá, Colombia: Norma.

Escobar, A (2005). El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o postdesarrollo? En: Lander, E. (Ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales, perspectivas latinoamericanas*. (pp. 68-87). Buenos Aires, Argentina: CLACSO.

Huberman, L. (2001). *Los bienes terrenales del hombre*. Bogotá, Colombia: Panamericana.

